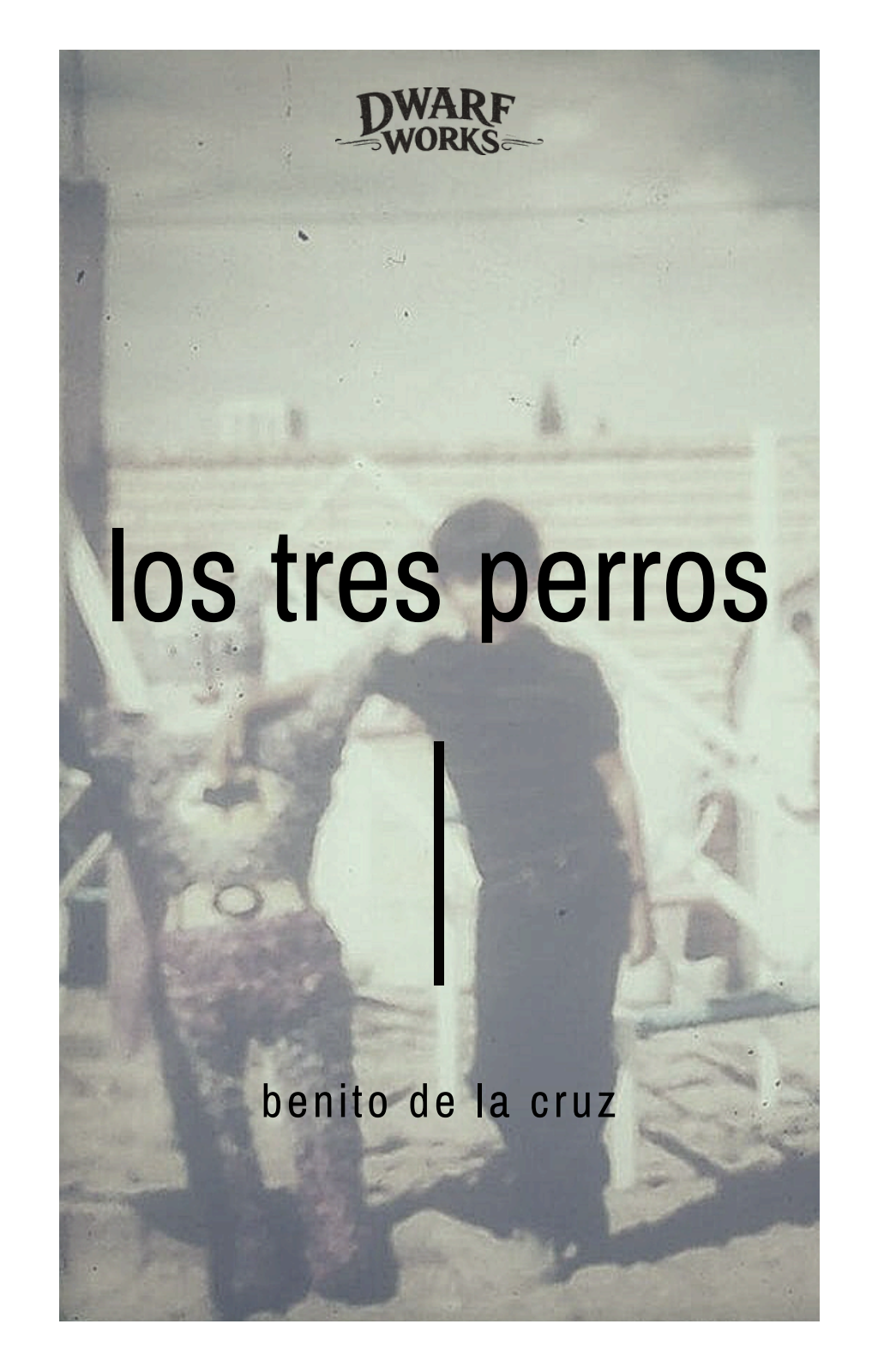


A vintage, slightly faded photograph of a man and a dog on a ship's deck. The man, wearing a dark t-shirt and dark pants, stands next to a large, shaggy dog with a white and brown coat. The dog is looking towards the camera. In the background, the ship's railing and some distant structures are visible. The overall tone is nostalgic and grainy.

DWARF
WORKS

los tres perros

benito de la cruz



editorialdwarfworks.com
© 2022. All rights reserved.

Día primero de agosto de
dos mil veintidós:
los tres perros



Primero de agosto del año dos mil veintidós.

Cumplo cuarenta y un años.

Despierto solo.

De niño jamás imaginé que existiría una mañana así. Pensaba que a esta edad tendría una casa enorme con un cuarto lleno de discos, un automóvil deportivo negro y perros gigantes vigilando el patio como en las películas donde el héroe siempre fuma mirando la lluvia. Imaginaba una esposa hermosa preparando café mientras mis hijos veían caricaturas en una televisión futurista pegada a la pared.

Pero despierto solo.

Bueno... casi solo.

Tres pugs me observan desde el suelo como si esperaran instrucciones para continuar el día. Uno bosteza. Otro mueve la cola lentamente. El más pequeño me mira con esa cara arrugada y triste que parece diseñada por alguien que entendía perfectamente la melancolía humana.

La casa está demasiado vacía. Todavía no me acostumbro al eco. El sol entra desde todos lados y rebota contra las paredes desnudas de la sala, donde antes había muebles, fotografías y una sensación parecida al futuro. Ahora solamente quedan algunas cajas, una televisión y pelos de perro flotando por el piso.

Mientras me pongo los zapatos, Elvis Presley canta *That's All Right* en una bocina portátil de mala calidad.

Los perros me siguen hasta la puerta.

—Ya vengo —les digo.

Y entonces entiendo algo horrible:

les hablo más a ellos que a la mayoría de las personas.

Tomo el camino al trabajo.

Unas cuadras antes de llegar encuentro una patrulla atravesada cerrando media calle. Hay cinta amarilla rodeando la banqueta y un hombre con una chamarra que dice **CRIMINOLOGÍA** cubre un cadáver con una sábana blanca desechable.

Algunas personas observan desde lejos.

Siempre me ha parecido extraño el silencio alrededor de los muertos recientes. Como si la ciudad misma bajara la voz.

El semáforo cambia a verde y avanzo lentamente.
Entonces sucede.

En el espejo retrovisor aparece un niño de diez años sentado en el asiento trasero.

Trae puesta una camiseta de Batman y sostiene un vaso de refresco rojo casi vacío. Tiene la cara llena de emoción. Lo reconozco inmediatamente.
Soy yo.

O más bien: era yo.

El niño mira alrededor fascinado.

—¿Este carro es nuestro?

No respondo.

El niño toca la pantalla del tablero con los dedos como si estuviera frente a tecnología extraterrestre.

—¡Tiene un mapa adentro! ¡¿Cómo sabe dónde estamos?!

Después observa la bata blanca tirada sobre el asiento del copiloto.

—¿Eres doctor?

Asiento lentamente.

Se queda pensando unos segundos.

—¿Como los de ER? ¿Como los de las operaciones?

—Algo así.

El niño sonríe impresionado.

—Entonces sí sobrevivimos.

No sé qué responder a eso.

Mira el tablero buscando dónde meter el casete.

No encuentra ninguna ranura.

Empieza a presionar botones al azar y Elvis desaparece. Ahora suena Frank Sinatra.

Frunce el ceño.

—¿Qué pasó con Guns N' Roses? ¿Qué pasó con Nirvana? Este señor se volvió aburrido.

El celular vibra sobre el portavasos.

El niño pega un salto.

—¡¿Qué es eso?!

Toma el teléfono con cuidado. La pantalla se ilumina mostrando la fotografía de una mujer de ojos claros.

El niño se queda observándola.

—¿Ella es nuestra esposa?

Me quedo callado un instante.

—Puede serlo.

El niño sonríe nervioso.

—Está muy bonita.

Luego acerca más el rostro.

—Tiene algo raro en los ojos.

—Se llama midriasis unilateral —le respondo automáticamente.

El niño me mira confundido.

—Qué nombre tan extraño para una mujer.

No puedo evitar reírme.

Y quizá es la primera vez en semanas que me río de verdad.

La pantalla cambia ahora a una fotografía de un niño usando una camiseta de los Pumas junto a un hombre lleno de canas.

El niño tarda algunos segundos en entender.

—¿Ese eres tú?

Asiento.

—¿Y el niño?

—Tu hijo.

El pequeño se queda viendo la imagen largamente.

—Entonces sí tuvimos hijos...

Su voz cambia un poco al decirlo.

Como si necesitara confirmar que algo salió bien.

Después vuelve a sonreír.

—Los uniformes del futuro están increíbles.

Seguimos avanzando por la ciudad.

Las calles parecen más pequeñas de lo que las recordaba cuando tenía diez años.

O quizá uno es quien se va encogiéndose por dentro.

—¿Y mamá Nena sigue viva?

La pregunta me atraviesa sin avisar.

Tardo demasiado en responder.

El niño lo entiende.

Mira hacia la ventana.

—Ah.

Pasamos frente a una tienda de tenis.

Y de pronto él vuelve a emocionarse.

—¡Los Jordan!

Empieza a hablar atropelladamente.

—¿Todavía existen? ¿Todavía hacen Jordans?

¿Los Bulls siguen ganando?

Me río otra vez.

—Michael ganó seis campeonatos.

El niño abre la boca sorprendido.

—¿SEIS?!

—Y tenemos varios pares.

—¿En serio?

—Álvaro, el chileno que conocerás años después, nos regaló unos Air Max Infrared inspirados en los seis campeonatos.

El niño me mira orgulloso.

Como si ese detalle compensara muchas cosas.

—Sabía que llegaríamos lejos.

Luego se queda callado unos segundos antes de preguntar:

—¿Entonces qué salió mal?

El silencio dentro del carro pesa más que el tráfico.

Finalmente respondo:

—Nada salió exactamente mal.

—Entonces... ¿por qué estamos solos?

No sé cómo explicarle divorcios, ausencias, ansiedad, ciudades distintas, silencios largos y gente que un día simplemente deja de quedarse.

¿Cómo le explicas eso a un niño que todavía duerme abrazando un balón de basquetbol?

Así que digo la verdad más sencilla que encuentro:

—Porque crecer cansa mucho a las personas.

El niño baja la mirada.

Después de un rato pregunta:

—¿Somos felices?

Miro mis manos sobre el volante.

Las canas reflejadas en el espejo.

La bata blanca.

El cadáver cubierto hacía unos minutos.

Los mensajes sin responder en el celular.

Y pienso en los tres pugs esperando en casa como si yo fuera alguien importante.

—A veces sí.

El niño parece aceptarlo.

Antes de llegar al hospital, el pequeño vuelve a mirarme por el retrovisor.

—Oye...

—¿Qué pasó?

—Si de verdad terminamos viviendo solos con tres perros...

Hace una pausa.

Sonríe con cierta decepción infantil.

—Yo esperaba un rottweiler, un dóberman y un bull terrier.

Ahora soy yo quien sonríe.

Detengo el carro en el estacionamiento.

Apago el motor.

Y antes de bajar le respondo:

—Créeme... esos tres pugs terminaron cuidándonos mejor que cualquiera de esos perros.



DWARF WORKS

